

el Consejo de Salubridad practique constantemente y con el mayor empeño, la desinfección de las piezas y de las ropas, si no se quita la causa principal del tifo, que no es otra que la aglomeración? Sé sabe que las velas de los filtros Pasteur, después de servir algún tiempo, dejan de esterilizar el agua, pues las colonias de microbios que han ido invadiendo el espesor de la vela llegan por fin á la cavidad que está en el centro, y de nada sirve el que se laven esas velas, pues el agua sigue pasando cargada de microbio; es preciso quemar las velas cada cuatro ó cinco meses para conservarlas libre de toda infección ¿Se puede hacer esto mismo con las paredes?

Es enteramente necesario, por lo tanto, que ya no se permitan las construcciones formando grandes manzanas, como se ha hecho hasta ahora; procuraremos que haya luz y aire puro en nuestras habitaciones, proporcionando un espacio suficiente al rededor de ellas. Una casa bañada por el aire y por la luz posee en sí misma el antídoto más constante y más eficaz para precaverla de las enfermedades. Debemos por lo tanto, adicionar el cap. I, Tít. 1º, Lib. II del Código Sanitario, prescribiendo para las casas nuevas, como se hace actualmente en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, que haya un espacio libre al rededor de cada casa y que esté en la espalda de cada una y no sea menor de tres á cuatro metros.

Las adiciones que he propuesto se hagan á nuestro Código Sanitario, satisfacen á indicaciones tan apremiantes, que estoy seguro que el Gobierno ha de tomarlas en consideración; mas para que se puedan llevar á feliz término, no basta que formen parte de nuestro Código, sino que es preciso el auxilio eficaz y la cooperación de todos nosotros.

Expedida la ley que prohíbe el alojamiento en los cuartos de un número mayor que aquel que permita su capacidad, no se podría llevar á cabo desde luego por nuestra clase pobre, por muy buena voluntad que tuviese, pues no tenemos un número suficiente de habitaciones, y sobre todo de habitaciones de un precio reducido.

El Gobierno no puede ni debe echar sobre sus espaldas el proyecto de construir habitaciones para el pueblo; se necesita de la iniciativa individual, y en lo único que pudiera ayudar el Gobierno sería en la exención de impuestos y en la concesión liberal de numerosas franquicias. Los fabricantes, los industriales, las asociaciones de caridad, y sobre todo, lo que es más práctico, las sociedades por acciones, con bases puramente comerciales, son las que pueden emprender con gran provecho la construcción en gran escala de habitaciones baratas.

Es probable que ahora sea el momento oportuno para efectuarla, pues

por la depreciación de nuestra moneda tenemos una verdadera plétora de metálico y los banqueros no encuentran negocio lucrativo y seguro en que darle inversión. Por fortuna, el proyecto de construir habitaciones tiene sobre los otros grandes proyectos de nuestra higiene social esta gran ventaja: que no implica la necesidad de sacrificios sin compensación inmediata, como el desagüe del Valle y la canalización de la ciudad, que no compensarán sino más tarde, por la disminución de las enfermedades; sino que la construcción de habitaciones para los pobres es un negocio como otro cualquiera, y nuestra clase acomodada encontrará en él lo que siempre ha sido muy de su agrado, la imposición del capital en hipotecas de primer orden y con todas las seguridades que tienen los mejores valores.

Pero ¿para qué seguir invadiendo un terreno que ciertamente ya no me pertenece? Como higienista, he tratado de demostrar que una de nuestras principales llagas sociales consiste en la aglomeración de los individuos; he propuesto las reformas que para evitarla se deben hacer á nuestra legislación sanitaria, y por último, me he aventurado á bosquejar algunos de los medios que me parecen más eficaces para la fácil aplicación de esas leyes.

Toca ahora á la Academia de Jurisprudencia, ya que ha convocado estos útiles certámenes, los primeros en la historia de nuestro país; ya que ha dado el ejemplo á todas nuestras sociedades científicas, abandonando el pacífico retiro donde tienen lugar sus deliberaciones, para buscar un estímulo poderoso, consagrando al bien público sus tareas; el meditar sobre las verdades que he tenido la honra de exponer, para que entonces sea cuando brote la luz, luz que al mismo tiempo que haga brillar todavía más á esta ilustre sociedad, se aplique al bien y á la felicidad de nuestra patria.

CONCURSO CIENTIFICO DE 1895.

SESION SOLEMNE DE CLAUSURA.—18 DE AGOSTO.

Discurso de clausura pronunciado por el Sr. Lic. D. Justo Sierra.

Señor Presidente:—Señores:—No seré yo quien afirme ante vosotros, para retractarme mañana ante la historia, que el progreso intelectual

ha marchado en México al compás del progreso material. No podía ser así; el adelantamiento científico es el producto de una gradual y refinada selección, es la obra de un pequeño grupo que, subiendo por el método á las cimas cada vez más altas de la verdad, se acerca á ella, sin poseerla jamás, en ascensión perpetua. Es la obra, dentro de ese grupo selecto, de las individualidades geniales que arrebatan á la ciencia, de golpe, como el águila de Zeus al divino copero del Olimpo, hacia nuevos cielos, cada vez más abiertos, desde donde se dominan inmensidades cada vez más pasmosas. Entonces Newton recoge y ata en la incógnita de una ecuación algebraica los hilos etéreos de la atracción universal; entonces Laplace, lanzando sobre el cosmos el puente colgante de la hipótesis, sorprende en las nebulosas el génesis del universo y bosqueja en la creación del mundo planetario el tipo de una creación que se reproduce en el infinito y que no tendrá séptimo día; entonces Darwin, arrojando en el mar del ser, como decía Alighieri, la sonda de la observación, trae á luz, desde los océanos primitivos, los fragmentos de la serie orgánica, vislumbra en la superficie de las edades geológicas el tránsito del animal al hombre, la ascensión del instinto al espíritu, y muestra, sumergidos en el abismo del tiempo, los primeros peldaños tenebrosos de la escala que, ya emergiendo á la luz, vió Jacob subir recta hacia el ideal en su simbólico sueño; entonces Pasteur con la mirada centuplicada por el microscopio, descubre las nebulosas de lo infinitamente pequeño y en las batallas épicas que libran los microorganismos en los ríos y lagos de nuestra sangre y nuestros tejidos, sorprende las condiciones íntimas de la vida y de esa bifurcación de la vida que se llama muerte; entonces Spencer, el Champollion de los hieroglifos de la ciencia, traduce las leyes especiales en una ley general, *La Evolución*, soberana síntesis que lo explica todo, menos á sí misma, porque su explicación está en lo *incognoscible*, otra nebulosa irresoluble cuyo núcleo, cuyo sol oculto tiene un nombre para la intuición suprema del corazón y la conciencia, el que está en vuestros labios y los míos, el nombre de Dios.

Sí, repitémoslo, el progreso intelectual es obra de una minoría, digamos la palabra, de una aristocracia, pero de una aristocracia que tiene, so pena de morir, que estar en contacto por la base con todas las corrientes vitales de la democracia, como las ramas del árbol que se columpian en la diafanidad de la atmósfera, están unidas á las raíces que beben en la sombra subterránea los elementos de la savia. Este grupo director, apenas está bosquejado entre nosotros, aún está en el período de asimilación, aún no ha contribuido con el descubrimiento de una

gran verdad á aumentar el acerbo de la ciencia y el grupo mayor que le sirve de sostén y de raíz apenas si se nutre trabajosamente en el sub suelo social por los canales rudimentarios de la instrucción obligatoria. Así tenía que ser; primero el desenvolvimiento corporal, luego el mental; así debía ser para lograr que en nuestra sociedad fuese realizándose lenta, pero seguramente el célebre aforismo que resume toda pedagogía: *mens sana in corpore sano*.

La asociación de grupos científicos que ha trabajado á nuestra vista es un síntoma claro de que un núcleo de progreso intelectual tiende á organizarse, á vivir, y empeñémonos, señores, en ver en esto la señal de una era nueva, y tengamos fe, la fe sin la que ninguna grande empresa se inicia ni remata, en que el noble pensamiento de la Academia de Jurisprudencia, es el rubro espléndido de un gran capítulo en la historia del intelecto mexicano.

En estas agonías de siglo en que todas las corrientes de actividad mental tienden hacia un punto, que es, acaso, un punto de interrogación, podría preguntárenos, ¿por qué os afanáis por el triunfo de la ciencia? ¿no ha hecho la ciencia bancarrota? todas sus conquistas sumadas ¿han mejorado la especie bajo el aspecto físico ó moral? ¿No es verdad que las generaciones que llegan y las que les seguirán, hijas de padres inquietos por el porvenir terrestre y sin esperanza en otro, hijas de madres cuyo desenvolvimiento fisiológico se ha contrariado sistemáticamente por medio del desarrollo mental, no es verdad que esas generaciones son y serán más nerviosas, es decir, más aptas para sufrir y más prontas para morir? ¿No es verdad que con la ciencia habéis construido gigantescas prensas de multitudes humanas, las grandes industrias, y que esas masas comprimidas y exprimidas, yacen en una miseria menor, estadísticamente considerada que la de los siglos pasados, mayor en proporción de las necesidades que han crecido y de la conciencia de esa miseria cada vez más viva en esas masas, por el influjo de la escuela, del libro y del periódico? ¿Si habéis disminuido el dolor físico, no habéis centuplicado el dolor moral, haciendo del antiguo *hasta la vista* pronunciado frente á la muerte, un *adios para siempre*, y sumergiendo todas las separaciones, que antes tenían la dulce y melancólica luz del crepúsculo, en la sombra profunda de la noche? ¿Cómo, si en estos momentos diez millones de hombres, que han hecho de la mantanza un deber supremo, acampados en plena civilización, devoran los ahorros de los pueblos y espían con el arma al brazo la oportunidad de aniquilarse con ventaja; cómo, si en estos instantes, cien millones de hombres, que han hecho del odio una religión, asechan en las tinieblas

de las minas, á la luz pálida de los talleres, á lo largo de las vías férreas, el momento de destruir todas las laboriosas conquistas de la ciencia, destruyendo la riqueza con las armas que la ciencia les ha proporcionado, podéis hablar de progreso? ¿De qué nos sirve el progreso intelectual sin el progreso moral, de qué nos sirven nuestros portentos de mecánica, si no habéis aumentado en el cáliz de la vida humana ni una sola gota de concordia y de justicia?

Uno de los oradores que en nuestras sesiones ha hablado con más saber, enunciaba el problema, y haciendo alusión á esta frase de *bancarrotas de la ciencia* lanzada al viento por un eximio literato francés, Brunetière) la apartaba desdefiosamente de su camino. Para mí la cuestión es premiosa y terrible; sé bien que la ciencia no ha prometido la felicidad, sino la verdad; pero eso es retirar el problema, no resolverlo, y por eso bendigo á la ciencia cada vez que la veo como en el curso de los trabajos que hoy se clausuran, inclinarse ante la miseria y la desgracia social y buscar el remedio; ese es su aspecto divino y consolador. Consolador, sí, porque ella es irremisiblemente el principio director del mundo moderno, como lo fué la Iglesia en la Edad Media y la *Pax Romana* en los siglos cesáreos y la ciudad libre en los tiempos helénicos; en ella vivimos; si la vida que ella domina y regula no satisface, no contenta nuestra aspiración invencible á la dicha, tendremos que hacer votos sacrílegos, porque la erupción social que se anuncia con el trueno aterrador de la dinamita, asfixia á la civilización bajo sus escombros mientras se apoderan del imperio del mundo las razas amarillas que antes de un siglo contarán ochocientos millones de individuos sólo en China, y que, después de tragarse al pequeño grupo blanco, sólo retrocederán ante una raza más prolífica todavía, ante la marea, creciente ya, del océano negro.

Para obsequiar el llamado de la asociación de estudios jurídicos, las diversas agrupaciones científicas de la capital buscaron un terreno del que todos fueran colindantes y lo encontraron en la *Sociología*. En un trabajo admirable por la doctrina y la precisión metódica, el representante del Colegio de Abogados os recordó que toda especulación intelectual que tienda á completar su proceso racional, pasando de los fenómenos menos complejos á los más complejos, acaba forzosamente por una investigación social. Así ha sucedido con nuestras interesantes tareas; la sociología constituye la unidad superior hacia la cual gravitan y todas pueden comprenderse en una serie correspondiente á diversos grupos de fenómenos sociológicos. Vuestros representantes han abordado sucesivamente el estudio de nuestro crecimiento social, del medio físico

en que ese crecimiento se verifica y de la higiene á que los grupos urbanos deben sujetarse, á riesgo de perecer en la miseria fisiológica ó en las epidemias. Han discutido algunos de los puntos más interesantes de la profilaxis social; entre los medios de preservación que miran al individuo, ya se han enumerado los encaminados á dosificar exactamente la responsabilidad de los heridores, ya se han criticado los medios imperfectísimos á que se recurre en los tribunales para decidir sobre la cordura ó demencia de los delincuentes, ya se han puntualizado las reformas necesarias para asegurar la libertad y la vuelta á la vida común de los dementes en casos determinados. En lo que atañe á la familia los trabajos sobre preservación social han tocado la delicada y dolorosa cuestión del matrimonio de los epilépticos y en lo que mira al público, esa entidad que todos conocen y nadie define, los trabajos sobre libertad de profesiones se han presentado con un aspecto de palpitante interés.

Pero, como ninguno, atrajeron y apasionaron la atención de todos por su terrible carácter de urgencia y angustia los discursos sobre patología social: el alcoholismo, la prostitución y el crimen, tres fases reveladoras de la misma diátesis en las sociedades modernas. Tras estos estudios vinieron los referentes á la organización social, estableciendo unos el paralelismo científico entre los organismos fisiológico y sociológico, otros detallando los medios con que las ciencias colocadas á mayor distancia de la ciencia de la sociedad contribuyen á fijar la localización y el valor de la propiedad territorial, base de toda sociedad de tipo superior; otros mostrando los nuevos caracteres de la existencia social que han aparecido con las flamantes aplicaciones de la ciencia á la rápida comunicación de las ideas, y, por último, los interesantes trabajos sobre las relaciones de las ciencias jurídicas y económicas y del Estado y la Educación cerraron el ciclo de vuestras nobles y útiles labores.

Poner en evidencia los puntos capitales de este programa inmenso, es una tarea, lo presentís bien, superior á mis fuerzas. Al emprenderla, no me atrevo siquiera á reclamar vuestra benevolencia, porque lo trivial de esta fórmula retórica podría heceros suponer que no necesito de ella. Y sí me es necesaria, á fe, siquiera en guisa de absolución de la culpa de haber aceptado un encargo que, imponiéndose á mi reconocimiento por el singular honor que envolvía, me privó de la entereza necesaria para rehusarlo como era acaso mi deber.

Tocó el primer puesto en el honor y en el trabajo á la decana de las asociaciones científicas metropolitanas, á la Sociedad de Geografía y Estadística, y abordaron sus diputados ante nosotros, un árduo proble-

ma de crecimiento social, la *Colonización*. El primero de sus oradores, de quien puede decirse que ha hecho de esta clase de estudios un dominio especial, nos expuso la historia de este gran fenómeno sociológico; pero no nos fué dado escuchar la mayor parte, la más interesante quizás, de su vasta monografía; concluyó su exposición formulando dogmáticamente, como toda ciencia organizada debe hacerlo, las leyes que rigen el complejo fenómeno de la colonización. Siempre me encuentro tímido y perplejo ante toda teoría completa y á esto debo de atribuir tal vez las reservas que surgían en mi ánimo al escuchar la magistral exposición del orador. No, yo no podía convencerme de que la única raza colonizadora fuera la anglo-sajona y la historia de la raza francesa en el Canadá, del grupo celta y germánico en los Estados Unidos, de los esclavos en el norte de Asia, venía á mis recuerdos y fundaba mis objeciones. Hasta la tarea de España en el Nuevo Mundo, que fué ciertamente una obra de dominación, más bien que de colonización, me parecía demasiado sistemáticamente sentenciada. Sólo la empresa de España en el continente americano produjo una raza de mezcla, lo que no es posible á la colonización sajona, mortal ó extraña á las masas indígenas. Y esta raza nueva no está condenada á perecer, como nos lo vaticinan algunos antropólogos ultramarinos, porque demasiadas muestras ha dado de haber heredado la virilidad paterna, precisamente en la historia heroica de la emancipación hispano-americana. Sí, el orador fué justo al condenar la desastrosa política colonial de España; mas no puede olvidarse que á fines del siglo pasado el gran primer William Pitt, decía que los colonos ingleses de América no eran libres ni para fabricar un clavo con que herrar sus caballos.

Todas las ciencias de donde la sociología va surgiendo, atraviesan un período crítico debido á un mayor rigor científico en la aplicación del método, y de aquí la inspección escrupulosa á que los nuevos arquitectos están sometiendo los admirables edificios de generalizaciones sociales levantados sobre el suelo deleznable de inducciones incompetentes.

Nuestro caso mexicano es peculiar, nuestro problema es *sui generis*, no lo hay más oscuro y difícil. Somos una colonia reciente, nuestro modo de ser es el resultado de un régimen colonial; compararlo con los otros para definirlo y aplicarle un método escrupuloso y exento de prejuicios para analizarlo, es obra indispensable; úrgenos saber en qué condiciones se resolverá nuestro problema demográfico, el crecimiento de nuestra población pobre y escasa; no de colonización propiamente, sino de inmigración, es nuestro problema.

El Magistrado que, también con la representación de la Sociedad de

Geografía, nos expuso concienzudamente, como suele, las fases que han presentado nuestra política y nuestra legislación en su afán de provocar y gobernar este gran fenómeno de crecimiento, nos ha hecho palpar las causas de nuestros desaciertos y percibir el rumor de nuestros fracasos y de nuestros desengaños. Una vez espontáneamente la inmigración colonizó de veras un gran lote de nuestro patrimonio desierto, hacia el Norte, y lo perdimos. Fuera de ese ensayo siniestro, la cuestión es la misma hoy que ayer y ¡qué cuestión! Es la de Hamlet.

Mas pensemos, señores, en que hace veinte años el problema de nuestras comunicaciones parecía incapaz de una solución pronta. Ya veis lo que ha sucedido; un gran interés económico norte-americano se sumó al nuestro, y las vías de vapor tendiéronse sobre nuestro suelo como una inmensa planta rastrera que busca por todas partes la orilla de nuestros mares con sus guías de hierro. Un interés económico, es decir, una gran necesidad surgió en medio del desastre de la depreciación de la plata y la premura de reemplazarla en el trueque internacional con una mercancía pareable al oro, ha dado en diez años á nuestras exportaciones un avance que no parecían poder alcanzar en un siglo. Así será con la colonización; la solución de los dos problemas que he indicado trae aparejada la de éste, y en los principios del siglo próximo quedará resuelto por el simple factor económico de la demanda de brazos, día á día superior á la oferta. La demanda de brazos y no los monarcas ni la Iglesia, fueron los verdaderos emancipadores del siervo feudal; la demanda de brazos acabará con el feudalismo mexicano y producirá una población mucho más mezclada que ahora, pero que, sola capaz de apropiarse al medio físico que debe habitar, será dueña de los destinos de este país, pero dueña directa, cuando vivamos en nuestros nietos; entonces México habrá crecido.

Este crecimiento está lógicamente condicionado por la acción del *medio físico*, que á su vez es modificado por la reacción social, y estas acciones y reacciones, son la urdimbre y la trama del desenvolvimiento de las colectividades humanas. Y he aquí lo que en nuestro país ha acontecido; ya es un tópico convenir en que la falta de vías fluviales, la esterilidad de nuestras mesas y la climatología de nuestras costas han neutralizado por extremo los resultados de la exuberancia de nuestros frutos tropicales y la riqueza inagotable de nuestras minas. Resolvimos, haciendo á un lado virilmente temores añejos, poner el ferrocarril en donde faltaba el río, y hacer confluir en él canales de acero ya que no

teníamos canales de agua. Era esta una política de salvación y el Presidente actual la encarnó.

Mas como la solución de cada problema social provoca otros y otros, he aquí que el instrumento de esta obra de transformación, á la que debemos tener un lugar y un número en el registro de los pueblos cultos, he aquí que la locomotora, con su aliento de llama, amenaza esterilizar y secar para siempre nuestras montañas, como si fuera aquel fuego que al sonar la trompeta del primer ángel del Apocalipsis acabará un día con la tercera parte de los árboles y con toda la hierba verde. Las profecías que nos ha hecho, acumulando datos estadísticos la Sociedad de Historia Natural son pavorosas. Sin los bosques, ni el clima es idóneo para la expansión plena de la vida, ni la tierra es fecunda; pues nuestros bosques se van, se han ido; las máquinas de vapor de nuestros caminos y nuestras fábricas, sólo en el Distrito Federal, consumen cinco millones de árboles anuales. En presencia de esta cifra, con razón exclamaba en esta tribuna un sabio naturalista con fatídico acento: «salvemos nuestros bosques, salvemos á la República.»

¡Ah! si fuéramos un bloque de carbón y fierro como Inglaterra, si pudiéramos cambiar nuestra plata por el oro negro de las cuencas hulleras inglesas ó pensylvánicas! Pero no podemos; hay que impedir, pues, la continuación de la tala por los medios que sabiamente se han propuesto aquí; hay que esperar en los maravillosos motores eléctricos del siglo entrante, que permitirán nuestra restauración forestal; hay que apurar la materia combustible que yace en el fondo de nuestros lagos, y hay que esperar más todavía en otro factor económico, en las consecuencias de la tala misma que ha puesto muy por encima de la oferta la demanda, encareciendo nuestras leñas; la economía política salvará á la República.

Pero es necesario que el mexicano sea en todo esto un factor activo; en un sabio y galano discurso uno de nuestros más conspicuos ingenieros, nos habló de las maravillas realizadas en el país vecino por la iniciativa individual en materia de irrigación. Allí está una acción directa y urgente sobre nuestro medio, somos un país de altiplanicies, secas es verdad, pero tenemos montañas por doquiera, y las montañas son inmensas copas de agua; volquémoslas de una en otra presa al pie de nuestras serranías y una zona de oasis irá rodeando como un collar de esmeraldas, la árida mesa mexicana. Este será el triunfo del bien sobre el mal, de Ormuzd sobre Ahrimanes, diría un sectario de Zoroastro.

He ahí el organismo y algunas de las condiciones de su crecimiento;

era natural señalar algunas de sus grandes necesidades higiénicas. La voz autorizada de los médicos y los ingenieros nos ha puesto á la vista esas necesidades; ha dado relieve á los defectos capitales de nuestro modo de habitar en las ciudades. Nos señaló un médico, con perfecto conocimiento del asunto y con una competencia indiscutible, los peligros de las aglomeraciones humanas en las habitaciones, y de las habitaciones en las ciudades; los ingenieros abordaron el complicadísimo estudio de los sistemas preferibles para surtir de agua á las ciudades y á las casas, con una copia verdaderamente singular de datos y detalles interesantes, y de las dificultades que nuestras costumbres y nuestra legislación contemporizadora oponen á medidas de higiene de primera importancia como el aseo intestinal de nuestras habitaciones. No hay en este asunto, ni observación ni consejo descuidable para el legislador; cierto, el hogar queda un tanto cuanto á merced de los agentes de la salubridad pública, lo que horrorizaría á Spencer como un síntoma de la esclavitud futura, lo que parecería racional á Augusto Comte, puesto que la libertad es inútil cuando la verdad está encontrada, y la ciencia es la verdad, y las medidas de salubridad pública son la ciencia.

— Entre la higiene y la *profilaxis* ó *preservación social* no hay diferencia; esa es una parte de esta necesidad, que tiene quizás mayor importancia que las otras; pero éstas, vosotros sois testigos de ello, no son de corto interés. ¿Cómo no convenir en que no sólo para la preservación, sino para la defensa social es utilísimo cuanto tienda á hacer más racional y más eficaz, por ende, el procedimiento penal? Así, el trabajo sobre clasificación de heridas, tan lógico y tan ingenioso, de uno de los más conocidos profesores de la Escuela de Medicina, que tiende á reducir á un *mínimum* el arbitrio de los peritos, exige un serio examen; lo exige también el punto que un notable alienista trató con vehemente elocuencia; vehemente pero justificada, porque es realmente absurdo dejar á la incompetencia científica de un juez la última palabra en cuestiones de patología mental.

Los problemas gravísimos han surgido á la voz de los hombres de ciencia en nuestras sesiones. Los médicos tocan con mano magistral y firme, como buenos vivisectistas, estas temerosas cuestiones de preservación social, y concluyen directamente de la ciencia á la legislación, sin pensar que al cambiar de *ambiencia* la verdad experimental sufre una refracción como el rayo de luz al pasar á un medio más denso; y es más denso porque tiene un elemento más, la opinión, que hay necesidad de considerar como factor de primera importancia en las deci-

siones del legislador. Ciertamente, el modesto y sabio representante de la Academia de Medicina que nos hizo palpar, cómo los matrimonios de epiléticos van derechos contra el espíritu de la institución, porque no perpetúan la especie, sino la condenan á extinguirse en el dolor y la demencia, estaba en lo justo, en lo honda y terriblemente justo; mas la opinión se preguntará: ¿y por qué el epilético y no el tuberculoso, este enfermo de la verdadera gran plaga de la especie humana, y no el alcohólico, y por qué no cuantos llevan, como la corona de espinas de la herencia, los estigmas de la degeneración? Pero entonces es media humanidad condenada al celibato perpetuo, es el matrimonio disuelto por el tumor canceroso de la unión clandestina. Por eso el legislador difícilmente tomará una determinación y esperará una nueva batalla ganada en los laboratorios bacteriológicos, en donde en un caldo de cultivo se preparan transformaciones más hondas para la humanidad que las que resultaron de las conquistas de Alejandro, las invasiones de los bárbaros y el descubrimiento de América.

También han tenido razón otros soldados de la preservación social, los farmacéuticos, cuando han pedido garantías para todos en la reglamentación del art. 3º de la Constitución. Menos la tiene quizás el joven y esclarecido médico, que, en un discurso gallardo y valiente, pidió que no se declarase libre la profesión de curar. Aquí la dificultad es gravísima y proviene de los médicos mismos. ¿No han demostrado que el glóbulo homeopático no cura por no contener substancia medicamentosa? Pues si no es nocivo ¿cómo proscribirlo, si á nadie puede obligar el legislador á curarse contra su voluntad? Además, ¿no se nos habla todos los días de autosugestiones curativas? ¿No curan las aguas milagrosas, el mismo Zolá lo confiesa, por influencias subjetivas? ¿Pues por qué obligar á un enfermo á que mezcle al acíbar del cáliz de agonía el sabor infernal de las drogas alopáticas?

En cambio, el legislador no puede vacilar en aceptar los consejos que en materia de legislación sobre dementes ha presentado con tanta conciencia y tanto acierto el Profesor de fisiología de la Escuela de Medicina.

No necesitaba la Academia de Medicina hacer oír aquí, por la voz de uno de sus autorizados representantes, un estudio profundo basado en considerable número de estadísticas nacionales sobre la plaga alcohólica, para hacernos contemplar el presente con dolor y lanzar hacia el porvenir una mirada de honda angustia.

Bastáronle algunos datos sobre las proporciones del mal entre nos-

otros y un substancial extracto de las noticias que, literalmente, nos llueven de Europa y los Estados Unidos, hoy que la cuestión del alcoholismo está á la orden del día en los parlamentos y centros científicos de los países cultos, para colocarnos frente á frente de un supremo y pavoroso problema de patología social. La causa de la enfermedad es conocida: se trata del envenenamiento sistemático y seguro de nuestra especie; envenenamiento en todas las formas: físico, mental, y moral, por los vinos, cervezas y pulques adulterados, por los aguardientes del maguey y de la caña fabricados con todas las condiciones necesarias para mantenerlos impuros, sin lo cual no estimularían el paladar curtido del operario ó del peón; por los aguardientes exóticos fabricados, como el *Vieux-cognac*, con el más nocivo de los aguardientes alemanes y, casi siempre, perfumado con una esencia que, inyectada en las venas de un perro de gran talla, lo hace morir en once horas; como el homicida ajeno elaborado con un alcohol de los que por la clase de substancias químicas que se le agregan, se convierte en un tósigo lento y seguro. Estas dos bebidas pueden servir de tipo á todas las demás, desde el glutinoso pulque poblador de las cárceles y el nauseabundo tequila, generador de delirantes, hasta las bebidas norteamericanas, ya de rigor entre las clases acomodadas, y con las cuales intoxican nuestros vecinos una porción cada vez más considerable de nuestra sociedad, como si á semejanza del dios antiguo, quisieran enloquecernos antes de perdernos.

La lívida mancha gana de tal manera el mundo moderno, que es necesario embarcarse con mucha fe en el salva-vidas de la ciencia para no desesperar de la civilización cuya antorcha parece á veces una lámpara de alcohol temblando en las manos de una ebria. Mal formidable, el verdadero mal del siglo, que mañana, que hoy es ya quizás la enfermedad hereditaria y fatal de las generaciones nuevas. Un diputado francés, un príncipe de la ciencia médica, exclamaba hace algunos días en la tribuna: «se trata de acometer una obra de salvación nacional, nuestra patria, nuestra raza están heridas ya.» ¿Lo está nuestro pueblo debilitado de antemano por la anemia en las costas y por la anoxiemia en las mesas altas? Decidlo vosotros, los hombres de la ciencia, decidlo vosotros á los gobiernos y á la sociedad, decidlo en voz tan alta como la voz de los profetas antiguos, á los padres atónitos y culpables, á las madres acongojadas y llorosas, decidlo, que todos os oigan, que llegue á todos la conciencia del criminal suicidio que practicamos en nosotros, de la mutilación del alma y de la salud que practicamos en los que engendramos; decidles que la maldición del Dios de la Biblia

el alcohol la cumple; primera generación depravados y alcohólicos; segunda, monomaniacos, paralíticos; tercera, melancólicos, homicidas; cuarta, idiotas, la familia se extingue. Y los pecados de las padres pasan á los hijos hasta la cuarta generación. Para la República el fatal pronóstico puede resumirse así: semilidad prematura del pueblo mexicano, extinción de la virilidad normal, reblandecimiento definitivo del carácter, accesos de delirio crónico, muerte. ¿Y el tratamiento, y el remedio? No los ha indicado de paso el representante del grupo médico. Primero: volvamos la implorante mirada al gobierno. No seré yo quien lo censure; se bien que en pueblos de la índole y de la historia del nuestro, esperar la acción individual pura es un sueño; se necesita para todo, necesitan los países latinos, la potencia concentradora y coordinadora del Estado para acometer una gran empresa social; esto está en nuestro espíritu; esto puede modificarse y transformarse, no se podrá suprimir jamás, es característico del grupo humano á que más por el alma que por la sangre pertenecemos.

Los médicos invocan la acción del gobierno; está bien. ¿No será para ello un obstáculo la Constitución? No, no puede ser, no puede haber obstáculos en la Constitución; si para extirpar un cáncer social allí estuviera la dificultad insalvable, valdría maldecir la Carta sagrada de nuestra emancipación. No, ella consigna expresamente como límite al derecho individual, el derecho social, que resulta del derecho individual, pero que no es lo mismo, como el hombre resulta de las celdillas y no es uno de estos elementos agigantados. No, el Estado tiene el derecho de limitar, de organizar, de prohibir, de perseguir la venta del veneno llamado alcohol, como tiene derecho de impedir la entrada del microbio del cólera.

En este caso los remedios indicados son estos: aumentar los impuestos, monopolizar, ó la fabricación ó la rectificación ó la venta del tósigo. Todo ello tiene el inconveniente de dar un aspecto financiero al remedio y empujar al Estado á olvidar el fin moral por el fin económico, y el mal resultaría reagravado. Hay que luchar frente á frente con el vicio desarrollado, limitar el expendio de las bebidas nocivas, prohibir las peores de ellas, clausurar los expendios del pulque y del aguardiente en todas sus formas, en determinadas horas y días, perseguir al alcohólico con la suspensión de sus derechos políticos y civiles, el derecho á ser votado para funciones públicas, el derecho á ejercer empleos públicos, el derecho á casarse, á gobernar su familia y sus bienes; y luego, hay que tratarlos en manicomios especiales por medio de la abstención absoluta, forzosa y prolongada. Sí, en este camino de represión

hay mucho que hacer; mucho eficaz y bueno. Pero no basta, es necesario herir el mal en su fuente, matar el vicio en el huevo.

Para ello hay que acudir á la sociedad, hay que mostrarle que necesita salvarse á sí misma; que no puede estar tan enervada que no tenga fuerzas para pararse al borde del abismo, que no puede estar tan enferma de la voluntad que no sea capaz de moverse ni empujada por el instinto de la propia conservación y retroceder con desesperado esfuerzo ante el suicidio. Todos los grupos sociales tienen una parte de acción para llevar á cabo esta grande obra de salvamento en el inmenso naufragio de la salud y la razón, en el mar azuloso del alcohol. Ninguno como el de las mujeres, ninguno como el de las esposas y las madres.

Los médicos que bajo la bandera de la cruz azul (es el blasón de las sociedades que luchan contra el alcoholismo) formarán en masa, como un batallón sagrado; los periodistas, que tantos pecados pueden redimir poniendo esa asombrosa sembradora que se llama la prensa, á disposición de esta nueva santa cruzada; el maestro de escuela que no necesita acudir á la enseñanza especial de la higiene, para mostrar á los niños los desastrosos efectos de la epidemia alcohólica, puesto que la moral prescribe el deber en esta materia, todos, todos tenemos nuestro papel marcado en el ejército del bien; pero el supremo le toca á la mujer.

En ellas domina el móvil del amor, el taumaturgo, el operador de los verdaderos milagros de la historia, y ellas además tienen la religión ¿por qué en ese platillo de la balanza en que se pesan la vida y la muerte, si colocamos del lado de la vida el corazón de la mujer, para que ese corazón pese más que el mal, no hemos de poner á Dios?

Y aquí surge detrás de la mujer mexicana, esencial é irremisiblemente cristiana, una gran sombra, el clero ¡qué no sea una sombra de dolor, como la sombra de la inquisición, que sea una sombra de consuelo y de redención, que sea la sombra de la cruz!

Yo no traigo aquí reproches: me lo vedan la justicia, porque los merecemos todos, y la cortesía; yo no tengo ni autoridad ni deseo para preguntar al sacerdote mexicano por qué no ha concentrado toda su inmensa influencia social en enseñar al hombre del campo á gastar su jornal en alimentarse mejor y en agrandar su choza, el hogar de la promiscuidad, en vez de permitirle la embriaguez de los días festivos y de exigirle la *cera* consumidora del ahorro; yo no podré aquí preguntarle si el gran movimiento popular con que en estos instantes mismos está revelando su casi omnipotencia moral, ha sido promovido para renovar,